

LA ÉTICA DESDE EL ENFOQUE JUNGUIANO

Maximiliano Peralta



También decía Jung (1935) que lo que se rechaza en la conciencia aparece como destino, como destino muchas veces adverso. De ahí el autoconocimiento, el proceso de individuación, como camino a la identificación progresiva con la totalidad que somos, con la consiguiente retirada de proyecciones y el abandono de la defensa fundamentalista de fragmentos.

Se toma como máxima expresión de amor aquella que profesa una madre por su hijo. Lo tuvo en su interior, es decir, lo comprendió, fue una con él. Así me figuro la dinámica de una totalidad mayor hacia una entidad completa menor: desde el amor, no definido románticamente, sino por inclusión, por comprensión.

Desde el punto de vista junguiano (1935), cada uno está llamado a ser Madre.

Como totalidad menor, como microcosmos, estamos compuestos exactamente de lo mismo que la unidad mayor, a modo fractal.¹ Pero de todo ese universo en nosotros, nos identificamos sólo con algunos elementos, somos madre de sólo un poco. Somos amigos de unos pocos elementos (etimológicamente, amor deriva de madre, y amigo deriva de amor).

¿Y cuál es el mejor indicador de que nos falta integrar otros elementos? Los enemigos, la adversidad. La versión opuesta de la que venimos sosteniendo.

Si hay totalidad no hay adversidad estática, ya que si comprendo cada una de las partes de las que estoy conformado, la relación no es de rechazo sino de aceptación dinámica, de acompañamiento del permanente movimiento natural de las cosas.

Para que haya adversidad debe darse lo opuesto a la totalidad: el fragmento. Si bien jamás dejamos de ser una totalidad, sólo identificándonos con un fragmento es que podemos “pelearnos” con el fragmento opuesto. Dos hermanos pueden pelearse a muerte, mas la madre ama a ambos, porque contiene a ambos. Para sentir la bronca de uno de ellos por el otro, deberá dejar de ser madre, e identificarse con un lado.

1 Implica una diversidad de perspectivas desde diferentes ángulos.

Jung hablaba de tres movimientos hacia la salud: dejar venir, preñarse y diferenciarse. Algo extraño genera rechazo, hasta que lo dejas venir, y el rechazo será transformado en aceptación si puedes llegar a preñarte de eso, convivir con eso. Si ese proceso se da, llegará en algún punto el momento de dar a luz, y tendrá lugar una operación no menor, dejar ir, reflejar la frase de Khalil Gibran (1923), acerca de que “tus hijos no son tus hijos... son de la vida”. Tomar conciencia de la diferencia, pero no ya desde el rechazo, sino desde el amor (fluidez dinámica). El otro es ahora un diferente pero no fuera de mí, de mí como totalidad (nivel del Sí Mismo junguiano).

También decía Jung (1935) que lo que se rechaza en la conciencia aparece como destino, como destino muchas veces adverso. De ahí el autoconocimiento, el proceso de *individuación*, como camino a la identificación progresiva con la totalidad que somos, con la consiguiente retirada de proyecciones y el abandono de la defensa fundamentalista de fragmentos.

La nueva ética viene proponiendo precisamente esa integración, con Jung diríamos integración de la *sombra*. El resultado sería también de equilibrio, pero esta vez con una vincularidad entre las partes muy superior a la anterior. Esta vez no sería por fricción, por choque, por destino, sino por auto y hetero-

conocimiento, aceptación, integración, alquimia.

Nos remite a la noción de sombra, en tanto conjunto de polos opuestos a aquellos con los cuales se ha identificado nuestro Yo. Sombra como porción del inconsciente que debería hacerse consciente. Que, de venir hacia la luz, aportarí completud, es decir, salud.

Pero no se le puede hacer trampas a la sombra. Si tengo un arquetipo² en sombra, el Yo, primero se defenderá de él, y en el supuesto caso de que comience a aceptarlo, por decir algo generoso, elaborará la idea de que se pasará al “lado oscuro” con honores, es decir, representando lo mejor del arquetipo sombrío. Pero si eso pasa, será sólo por dos razones: o bien estoy impostando o bien no lo tenía tan en la sombra.

Porque, como en todo aprendizaje, hay cuestiones correlativas, y si tengo el egoísmo en sombra, no seré un “rey Arturo” cuando comience a integrarla, sino más bien un aprendiz de príncipe haciendo berrinches para llamar la atención.

Recapitulando, hemos vinculado amor a salud, reflexionado sobre esta desde tres movimientos, que consideramos nada sencillos, tomando en cuenta nuestro arraigado mecanismo de proyección. Lo cual nos llevó a la sombra.

2 remite a un constructo propuesto por Carl Gustav Jung para explicar todas aquellas imágenes oníricas y de fantasías que correlacionan con especial similitud motivos universales pertenecientes a religiones, mitos, leyendas, etc. Tomado de <http://www.e-torredababel.com/Psicologia/Vocabulario/Arquetipos.htm>

Ahora bien, en el desarrollo que propongo, se imponen dos preguntas ¿qué tiene que ver todo esto con la ética? y ¿por qué sería importante tal relación?

En principio, si la ética implica el conjunto de reflexiones acerca de nuestra manera de vincularnos con otros, con lo otro, con lo no-yo, y la salud depende en gran parte de esta vinculación, entonces es directa y fundamental la relación con lo anterior.

Siguiendo la línea junguiana, es Erich Neumann (2007), en su *Psicología profunda y nueva ética*, quien investiga a fondo la cuestión, sobre todo en el mundo occidental.

Describe una antigua ética, que por cierto aún sigue funcionando, ante la nueva, que está comenzando a nacer.

La primera se basa en la represión de la sombra colectiva, con lo cual se contiene y detiene también la parte de sombra personal correspondiente. De este modo se refuerza la división y la distancia absoluta entre bien y mal, mientras que se genera/reproduce la división y grieta intrapsíquica en cada uno de los sujetos. Es el precio que se paga por aquello llamado “conciencia limpia”.

Ahora bien, el gran derivado de tal concepción ética es el sentimiento de culpa, el cual no puede ser totalmente liberado por la mera represión. Interviene entonces, para mantener la “paz” colectiva, el llamado *chivo expiatorio*. Sobre este se descarga todo lo reprimido, esta vez bajo prescripción legal.

Se completa entonces el círculo: la ética de la división bueno-malo y la exclusión de uno de los términos se refuerza por la dinámica de premio-castigo. Si se consigue el autocercenamiento pedido por la sociedad, se premia con “tranquilidad de conciencia”, y las fuerzas acumuladas bajo la censura salen legalmente en forma de castigo al chivo expiatorio.

Este círculo, que cierra desde el nivel dinámico (energético), tiene un punto vulnerable, cuya ruptura en proceso podemos identificar con la ruptura epistemológica en tránsito hoy.

Es el punto alusivo a la completud, a la integración. En el macrocosmos todo está equilibrado. Con la antigua ética ese equilibrio se cumple sin integración intrapsíquica de cada microcosmos, de cada uno de nosotros.

Estamos cambiando, paulatinamente, la ética del chivo expiatorio por la ética total. Dice Neumann: “La nueva ética es ‘total’ en dos sentidos: primero porque, no siendo ya individualista, no considera la situación ética del individuo únicamente, sino toma en cuenta el efecto de la actitud individual sobre lo colectivo; segundo, porque no es sólo una ética parcial de la conciencia, sino también toma en consideración el efecto de la actitud consciente sobre el inconsciente, poniendo así como portador de la responsabilidad no meramente al Yo como centro de la conciencia, sino a la personalidad total.”

Otro postjunguiano, James Hillman (1999), desde su *Re-imaginar la psicología*

gía, nos ofrece otros matices para ampliar este panorama. Rescata en su texto el valor de la psicopatología, ya no desde el énfasis en una etiología y clasificación de enfermedades mentales, sino devolviendo el pleno sentido primigenio a las palabras que la componen: psico, psique, en tanto alma, y *pathos*, como afectación en sentido amplio, que encontramos en empatía, entre otros términos.

Percibe Hillman un “patologizar” natural. Como una operación más de la psiquis sana, un recurso hacia una meta evolutiva, saludable. Y considera que las formas occidentales con que se ha intentado contener ese patologizar, han sido, más que contenedores, verdaderas negaciones de la profundidad de este proceso. Señala tres:

- 1- El *nominalismo*, que niega ese movimiento natural buscando encasillar, clasificar, apoderarse, nombre mediante, de lo que no puede comprender en su completud.
- 2- El *nihilismo*, que por oponerse a todo nombre, sigue negando el natural patologizar del alma humana, esta vez yendo al otro polo.
- 3- La *trascendencia*, que implica una negación de la psicopatología intentando ubicarse por encima de ella. La percibe Hillman en algunas direcciones que ha tomado la Psicología Humanista, la New Age y cierta forma de orientalismo, como

incorporación de fragmentos de filosofías orientales, desvinculados de sus raíces y contexto, como también lo planteara Jung en su prólogo al texto chino *El secreto de la flor de Oro*. Desde todos estos espacios se busca negar el movimiento planteado. El autor lo expone así: “En un punto la psicología humanística y el orientalismo menosprecian al alma. Al elevarse hacia un perfeccionamiento espiritual, dejan de lado sus aflicciones, y les confieren menos validez y menos realidad que las metas espirituales. En nombre del espíritu superior, se traiciona al alma.”

La propuesta de Hillman, para no seguir negando tal proceso, pasa por recuperar la dimensión imaginal, incluida la mitológica, como forma de no seguir alejando los aconteceres del alma con el prisma que los considera.

“Patologizar mueve hacia adelante el mito del individuo al alejarlo, de entrada, del ego heroico [...] La transformación del hombre espiritual y el hombre natural en el hombre psicológico³ se realiza por medio de la deformación.”

En resumen, partimos desde la salud como amor, lo que nos llevó a la ética, y esta, desde su nueva forma, incipiente, de ética total, inclusiva de la sombra, nos condujo a Hillman, que toma lo sombrío desde la psicopatología, o, mejor dicho, desde el “sano patologizar” humano, en su intención de integrar ese patologizar desde una forma colectiva,

3 Entiéndase álmico.

una forma que no lo niegue, como lo vienen haciendo las tres mencionadas.

En definitiva, una vez más, al poner el prisma junguiano sobre un fenó-

meno, aparece como central una gran paradoja: la otredad tan nuestra. Y, en consecuencia, el encuentro como premisa. El buen encuentro. Es decir, la alquimia.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Gibran, Khalil (1923). *The Prophet*. New York: Alfred A. Knopf.

Neumann, Erich (2007). *Psicología profunda y nueva ética*. Madrid: Alianza editorial.

Hillman, James (1999). *Re-imaginar la psicología*. Madrid: Siruela.